

SOLEMNIDAD DE SANTA MARIA MADRE DE DIOS
Homilía del G. Manel Gasch, monje de Montserrat
1 de enero de 2008
Num 6, 22-27; Gal 4, 4-7; Lc 2, 16-21

Muchos de nosotros, queridos hermanas y hermanos hemos puesto un pesebre en nuestra casa para celebrar estas fiestas, movidos por la tradición, ayudados por los más pequeños o quizás solos, hemos organizado la disposición de las figuras, les hemos dado un marco. Como los pastores de hace dos mil años, nos hemos vuelto a encontrar con María, con José y con el niño. Seguramente hemos compartido la escena con los que nos han visitado, quizás hemos aprovechado para hacer un poco de catequesis a algún nieto un poco despistado en temas de fe. De maneras muy diversas, hemos anunciado, como hicieron los mismos pastores, aquello que tenemos delante de los ojos, que mirado sencillamente no parece tampoco tan extraordinario, un niño pequeño recién nacido.

Nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, nacido en un pesebre, la realidad en la que Jesús vino al mundo no podía ser más humilde, más lejana de los sensacionalismos a los que nos tienen acostumbrados los nacimientos de los grandes personajes. Ni Juegos en el Circo, ni indultos a condenados o augurios sobre el destino del niño que habrían acompañado el nacimiento del hijo de un César; ni el bautizo con gran fiesta, o el desencadenamiento de la necesidad de empezar a comprar de todo para cubrir una serie de así dichas necesidades, ni la exclusiva correspondiente a una Revista de las que dicen "del Corazón", que no puede faltar en el nacimiento del hijo de alguien que se crea importante hoy en día, nada de todo eso ocurre en Belén: hijo de una mujer, plenamente hombre, hijo de una ley, es decir de una cultura y nacido en un pesebre, símbolo de la pobreza del peregrino que no ha sido acogido en ningún sitio, Jesucristo, el Hijo de Dios, comparte voluntariamente toda la pequeñez de la condición humana.

Hacer y contemplar el pesebre como los pastores, ¿no nos tendría que llevar a pensar cómo acogemos esta Navidad humilde en nuestra casa? ¿En nuestra realidad? El nacimiento de Jesús ocupa nuestras iglesias, nuestros comedores y nuestras salas de estar. ¿Ocupa también nuestra realidad personal? ¿No nos hace falta quizás recibirlo otra vez en nuestra humanidad tan frágil y tan herida, en nuestra cultura tan alejada del evangelio, en nuestra pobreza de peregrinos del mundo que viajan de una situación existencial a otra a gran velocidad?

Nada cautiva tanto como pensar la distancia infinita entre Dios y la siempre ambigua realidad humana en la cual se ha querido encarnar, se ha querido hacer presente, ha querido ser Emmanuel. Éste ha sido el paso de Dios, hacerse hombre: a nosotros nos corresponde acogerlo en este Jesús, hacer nuestra en el corazón su presencia.

Hay una multitud de hombres y mujeres, pobres de tantas cosas, como nosotros, esperando signos creíbles de Dios.

El llamamiento cristiano es dejar que este niño habite los nuestros corazones como habitó el seno de Santa María, cuya solemnidad celebramos también hoy, para que también haga maravillas en nuestra pequeñez, y todo el mundo nos pueda proclamar felices. La llamada que nos hace Dios es la de ser pastores que, a pesar de su incomprensión, anunciemos aquello que hemos visto, sino con los propios ojos, al menos sí con los ojos de la fe.

En un día como hoy, todos tenemos presente la novedad del año que empezamos. Aunque no tenga ningún relieve religioso o litúrgico, en la Iglesia, que nos llama a

compartir al gozo y la esperanza de toda la humanidad, no podemos olvidar que hoy en todo el mundo occidental y parte del otro, los rituales civiles de la noche pasada o la música que esta mañana llega desde Viena constituyen el paisaje que anuncia un tiempo nuevo que todos llenamos de deseos, cada uno sabe los suyos.

¿Qué podríamos pedir para éste 2008? Sorprendiendo por su sencillez, no encuentro mejores deseos que los expresados en la antiquísima plegaria del Libro de los números, en la fe sencilla de Israel que hemos leído como primera lectura.

Que Dios nos bendiga, que haga fructificar nuestro trabajo preservándonos del orgullo, que nos guarde y se apiade de nosotros, que nos haga vivir en la novedad del mandamiento del amor incondicional y nos dé el corazón y el espíritu nuevo que nos ha prometido que vuelva hacia nosotros la mirada y nos dé la paz. Sí, que dé la paz a los corazones de todos y que dé la paz en tantos lugares de la tierra donde sólo se conoce la guerra, la desesperación, la falta de cualquier progreso, que podamos creer la verdad revelada por sus nombres nuevos, Emmanuel, Dios está con nosotros y Jesús, Dios salvador de toda nuestra fragilidad, para en la confianza, esperar un 2008 lleno de su bendición.